



Walter Scott

La Historia de
Willie el
Vagabundo



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA HISTORIA DE WILLIE EL VAGABUNDO

WALTER SCOTT

**PUBLICADO: 1824
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

LA HISTORIA DE WILLIE EL VAGABUNDO

—¡Gente honrada! ¿Cómo sabéis si soy honrado, o qué soy yo? Bien podría ser el mismísimo diablo, por lo que vosotros sabéis, pues tiene poder para presentarse disfrazado de ángel de luz; y, además, es un violinista de primera. Le tocó una sonata a Corelli, ¿sabéis?

Había algo extraño en estas palabras y en el tono con que fueron dichas. Parecía como si mi compañero no estuviera siempre en su sano juicio, o como si quisiera averiguar si era capaz de asustarme. Me reí, sin embargo, de lo extravagante de su lenguaje, y le pregunté a mi vez si era tan necio como para creer que el espíritu inmundo se rebajaría a una mascarada tan tonta.

—Poco sabéis sobre eso..., poco sabéis —dijo el anciano, sacudiendo la cabeza y la barba y frunciendo el entrecejo—. Yo podría contaros algo al respecto.

Recordé entonces lo que su mujer había mencionado de que era contador de historias además de músico, y como, ya lo sabéis, me gustan los cuentos de superstición, le pedí una muestra de su talento mientras caminábamos.

—Es muy cierto —dijo el ciego— que cuando me canso de rasgar las tripas o de cantar baladas, a veces dejo que un relato haga las veces entre la gente del campo; y tengo algunos que dan miedo de verdad, que hacen temblar a las viejas en el escaño y a los chiquillos chillar llamando a sus madres desde la cama. Pero esto que voy a contaros es algo que aconteció en nuestra propia casa en tiempos de mi padre; es decir, mi padre era entonces un mozo a medias hecho; y os lo cuento para que os sirva de lección a vos, que

sois un joven irreflexivo, sobre con quién os juntáis en un camino solitario, pues mucho fue el dolor y el quebranto que le vino a mi buen abuelo por ese motivo.

Y así comenzó su relato, con un tono narrativo claro y distinto que alzaba y bajaba con considerable destreza; hundiéndose a veces casi hasta el susurro, y volviendo sus ojos despejados pero ciegos hacia mi rostro, como si le hubiera sido posible presenciar la impresión que su narración causaba en mis facciones. No me voy a ahorrar una sola sílaba, aunque sea de las largas; así que trazo una raya y empiezo:

Habréis oído hablar de Sir Robert Redgauntlet de ese linaje, que vivió en estos pagos antes de los años caros. El país lo recordará largo tiempo, y nuestros padres solían cortarse la respiración cuando oían su nombre. Estuvo con los highlanders en tiempos de Montrose, y otra vez anduvo por los cerros con Glencairn en el año de mil seiscientos cincuenta y dos; y así, cuando llegó el rey Carlos II, ¿quién gozaba de tanto favor como el laird de Redgauntlet? Lo armaron caballero en la corte de Londres, con la propia espada del rey; y siendo un prelatista acérrimo, bajó aquí bramando como un león, con comisiones de lugartenencia (y de lunía, por lo que sé), para aplastar a todos los whigs y covenanters del país. Hicieron una labor salvaje de ello, pues los whigs eran tan tercos como feroces los caballeros, y era cuestión de ver quién se cansaba primero. Redgauntlet era siempre partidario de la mano dura, y su nombre es tan conocido en el país como el de Claverhouse o Tom Dalzell. Ni glen ni barranco, ni montaña ni cueva podían esconder a los pobres hillfolk cuando Redgauntlet salía con cuerno y sabueso tras ellos, como si fueran otros tantos ciervos. Y a fe que cuando los encontraban, no gastaban muchas más ceremonias que un highlander con un corzo. Era simplemente: «¿Aceptáis el test?». Si no: «¡Preparad..., apuntad..., fuego!», y allí quedaba el recusante.

Sir Robert era odiado y temido por doquier. La gente creía que tenía un pacto directo con Satanás; que era invulnerable al acero, y que las balas rebotaban en su colete de ante como granizo en un hogar; que tenía una yegua capaz de darle alcance a una liebre en la ladera de Carrifragauns; y mucho más por el estilo, de lo que hablaremos después. La mejor bendición que le dedicaban era: «¡Que el diablo se lleve a Redgauntlet!». No era mal amo

con los suyos, sin embargo, y sus arrendatarios le tenían bastante aprecio; y en cuanto a los lacayos y soldados que cabalgaban con él en las persecuciones, como los whigs llamaban a aquellos tiempos de matanza, habrían bebido hasta cegarse a su salud en cualquier ocasión.

Ahora bien, debéis saber que mi buen abuelo vivía en tierras de Redgauntlet; llaman al lugar Primrose Knowe. Habíamos vivido en esas tierras y bajo los Redgauntlet desde los tiempos de las correrías, y mucho antes. Era un paraje agradable, y creo que el aire es más fresco y vigorizante allí que en ningún otro sitio del país. Está todo abandonado ahora; hace tres días me senté en el quicio de la puerta roto y me alegré de no poder ver el estado en que estaba el lugar, pero eso viene a cuento de otra cosa. Allí vivía mi buen abuelo, Steenie Steenson; había sido un mozo alborotador y pendenciero en su juventud, y tocaba muy bien la gaita; era famoso con «Hoopers and Girders», en todo Cumberland nadie le hacía sombra con «Jockie Lattin», y tenía los mejores dedos para el back-lilt entre Berwick y Carlisle. Un tipo como Steenie no era de la casta de que se hacen los whigs. Y así se hizo tory, como los llaman, que ahora llamamos jacobitas, por una especie de necesidad, para pertenecer a algún bando u otro. No tenía mala voluntad hacia los whigs, y le gustaba poco ver correr la sangre, aunque, obligado a seguir a Sir Robert en cacerías y persecuciones, vigilancias y guardias, presencié mucho daño y quizás hizo algo del que no podía evitar.

Pues bien, Steenie era una especie de favorito de su amo, conocía a toda la gente del castillo y a menudo lo mandaban llamar para que tocara la gaita en sus fiestas. El viejo Dougal MacCallum, el mayordomo, que había seguido a Sir Robert en lo bueno y en lo malo, por lodazales y corrientes, era especialmente aficionado a la gaita, y siempre ponía una buena palabra de mi buen abuelo ante el laird, pues Dougal podía hacer con su amo lo que quisiera.

Pues bien, llegó la Revolución, y estuvo a punto de partirles el corazón tanto a Dougal como a su amo. Pero el cambio no fue del todo tan grande como ellos temían y otros esperaban. Los whigs hicieron mucho aspaviento de lo que harían con sus viejos enemigos, y en especial con Sir Robert Redgauntlet. Pero eran demasiados los personajes importantes que andaban metidos en los mismos asuntos para hacer un mundo completamente nuevo de cabo a rabo. Así que el Parlamento lo pasó todo con bastante facilidad, y

Sir Robert, salvo que se veía obligado a cazar zorros en lugar de covenanters, siguió siendo el mismo de siempre. Su juerga era igual de ruidosa y su salón igual de iluminado que siempre, aunque quizás le faltaban las multas de los inconformistas, que solían abastecer su despensa y su bodega; pues lo cierto es que empezó a ser más exigente con las rentas de lo que sus arrendatarios estaban acostumbrados, y convenía ser puntual al día del pago, pues de lo contrario el laird no quedaba satisfecho. Y era un hombre tan imponente que nadie quería enojarlo, pues los juramentos que soltaba, la rabia que montaba y las miradas que ponía hacían pensar a la gente que era un demonio encarnado.

Pues bien, mi buen abuelo no era un buen administrador; no es que fuera un gran malgastador, pero no tenía el don del ahorro, y acumuló dos trimestres de renta atrasados. El primero lo pasó en Whitsunday con buenas palabras y gaita; pero cuando llegó Martinmas hubo una citación del oficial de la finca para presentarse con la renta en un día preciso, o de lo contrario Steenie tendría que marcharse. Mucho le costó reunir el dinero, pero tenía buenos amigos, y al final juntó raspando el total: mil merks. La mayor parte era de un vecino al que llamaban Laurie Lapraik, una zorra astuta. Laurie tenía riquezas en abundancia, podía correr con la liebre y cazar con el galgo, y ser whig o tory, santo o pecador, según soplara el viento. Era un hombre piadoso en este mundo revolucionario, pero no le desagradaba un soplo mundano de vez en cuando, ni una tonada de gaita en un momento propicio; y, sobre todo, creía tener buena garantía por el dinero que prestaba a mi buen abuelo con el ganado de Primrose Knowe como aval.

Mi buen abuelo trota hacia el castillo de Redgauntlet con el bolso pesado y el corazón ligero, contento de salir del peligro del laird. Pues bien, lo primero que supo al llegar al castillo fue que Sir Robert se había puesto a sí mismo en un ataque de gota de tanto enfurecerse porque no había aparecido antes de las doce. No era del todo por el dinero, pensaba Dougal, sino porque no le gustaba desprenderse de mi buen abuelo como arrendatario. Dougal se alegró de ver a Steenie y lo condujo al gran salón de roble; y allí estaba el laird completamente solo, salvo por un gran y desagradable tití que era su mascota favorita. Era un bicho malhumorado que gastaba muchas malas pasadas; difícil de complacer y fácil de irritar, corría por todo el castillo parloteando y rodando, pellizcando y mordiendo a la gente, especialmente antes del mal tiempo o de los trastornos del Estado. Sir Robert lo

llamaba Mayor Weir, por el hechicero que fue quemado, y a poca gente le gustaba ni el nombre ni las condiciones del animal; pensaban que había en él algo fuera de lo común, y mi buen abuelo no estaba muy tranquilo cuando la puerta se cerró y se vio en la habitación sin nadie más que el laird, Dougal MacCallum y el mayor, cosa que no le había ocurrido nunca antes.

Sir Robert estaba sentado, o mejor dicho recostado, en un gran sillón, con su magnífica bata de terciopelo y los pies sobre un reposapiés, pues padecía tanto de gota como de cálculos, y su rostro tenía el aspecto siniestro y espectral del propio Satanás. El Mayor Weir estaba sentado frente a él, con una casaca de galones rojos y la peluca del laird en la cabeza; y cada vez que Sir Robert hacía muecas de dolor, el tití las hacía también, como una cabeza de cordero entre un par de tenazas: una pareja de lo más fea y aterrador. El colete de ante del laird colgaba de un clavo a sus espaldas, y su espadón y sus pistolas al alcance de la mano, pues mantenía la vieja costumbre de tener las armas a punto y un caballo ensillado de día y de noche, tal como solía hacer cuando era capaz de saltar a la montura y correr tras cualquier hillman del que pudiera tener noticia. Algunos decían que era por miedo a que los whigs tomaran venganza, pero yo creo que era simplemente su vieja costumbre: no parecía tenerle miedo a nada. El libro de rentas, con su cubierta negra y sus broches de latón, estaba junto a él, y entre sus páginas habían metido un libro de canciones licenciosas para mantenerlo abierto por la página que registraba los atrasos del amo de Primrose Knowe. Sir Robert le dirigió a mi buen abuelo una mirada como para marchitarle el corazón en el pecho. Debéis saber que tenía un modo de fruncir el ceño que hacía ver a los hombres la marca visible de una herradura en su frente, grabada a fondo, como si hubiera sido estampada allí.

—¿Venís con las manos vacías, hijo de un silbato hueco? —dijo Sir Robert—. ¡Por las llagas! Si es así...

Mi buen abuelo, con el mejor semblante que pudo componer, hizo una reverencia y puso la bolsa de dinero sobre la mesa de un golpe, como hombre que hace algo hábil. El laird la atrajo hacia sí con avidez.

—¿Está todo aquí, Steenie, muchacho?

—Vuestra señoría lo encontrará correcto —dijo mi buen abuelo.

—Toma, Dougal —dijo el laird— , dale a Steenie un vaso de brandy mientras cuento el dinero y escribo el recibo.

Pero apenas habían salido de la habitación cuando Sir Robert dio un alarido que hizo retemblar el castillo. Dougal echó a correr de vuelta; los lacayos entraron precipitadamente; grito tras grito dio el laird, cada uno más espantoso que el anterior. Mi buen abuelo no sabía si quedarse o huir, pero se aventuró a volver al salón, donde todo era confusión, sin que nadie dijera «entra» ni «sal». El laird pedía a gritos agua fría para los pies y vino para refrescarse la garganta, y «¡El infierno, el infierno, el infierno y sus llamas!» era siempre la palabra en su boca. Trajeron agua, y cuando le sumergieron los pies hinchados en el barreño gritó que le quemaba; y dicen que el agua borboteaba y chisporroteaba como una caldera hirviendo. Arrojó el jarro a la cabeza de Dougal y dijo que le había dado sangre en vez de Borgoña; y, en efecto, la criada limpió al día siguiente sangre coagulada de la alfombra. El tití al que llamaban Mayor Weir parloteaba y chillaba como burlándose de su amo. La cabeza de mi buen abuelo estaba a punto de dar vueltas; olvidó tanto el dinero como el recibo, y bajó las escaleras a trompicones; pero mientras corría, los gritos se iban apagando; hubo un gemido profundo y estremecido, y corrió la voz por el castillo de que el laird había muerto.

Pues bien, mi buen abuelo se marchó mordiéndose el dedo, con la esperanza de que Dougal hubiera visto la bolsa de dinero y oído al laird hablar de escribir el recibo. El joven laird, Sir John ahora, llegó de Edimburgo para poner las cosas en orden. Sir John y su padre nunca se habían llevado bien. Sir John había estudiado derecho y después ocupó un escaño en el último Parlamento escocés y votó a favor de la Unión, habiéndole correspondido, según se pensaba, una parte de las compensaciones; si su padre hubiera podido salir de la tumba, lo habría molido a golpes por ello en su propio hogar. Algunos pensaban que era más fácil entenderse con el viejo caballero rudo que con el joven de palabras amables, pero de eso hablaremos después.

Dougal MacCallum, pobre hombre, ni lloró ni se lamentó, sino que anduvo por la casa con aspecto de cadáver, dirigiendo, como era su deber, todos los preparativos del grandioso funeral. Pues bien, Dougal parecía cada vez peor a medida que llegaba la noche, y era siempre el último en irse a la cama, que estaba en una pequeña torreta justo enfrente de la cámara de aparato que su amo ocupaba en vida y donde ahora yacía en capilla ardi-

ente, como la llamaban, ¡ay! La noche antes del funeral Dougal ya no pudo guardar su secreto por más tiempo; descendió de su orgullo y pidió llanamente al viejo Hutcheon que se quedara sentado con él en su cuarto durante una hora. Cuando estaban en la torreta, Dougal se sirvió un vaso de brandy y le dio otro a Hutcheon, le deseó salud y larga vida, y dijo que él, por su parte, no estaría mucho tiempo en este mundo; pues todas las noches desde la muerte de Sir Robert, el silbato de plata había sonado desde la cámara de aparato tal como solía sonar en vida por las noches para llamar a Dougal a ayudarlo a darse la vuelta en la cama. Dougal dijo que, estando solo con el muerto en aquella planta de la torre (pues a nadie le apetecía velar a Sir Robert Redgauntlet como a otro difunto cualquiera), nunca se había atrevido a responder a la llamada; pero que ahora su conciencia le reprendía por descuidar su deber; pues, «aunque la muerte rompe el servicio», dijo MacCallum, «nunca debilitará mi servicio a Sir Robert; y responderé a su próximo silbido si vos estáis a mi lado, Hutcheon».

Hutcheon no tenía ganas de meterse en ese asunto, pero había acompañado a Dougal en batallas y reyertas, y no lo abandonaría en ese trance; así que los dos viejos se sentaron sobre un jarro de brandy, y Hutcheon, que tenía algo de letrado, habría leído un capítulo de la Biblia, pero Dougal no quería escuchar nada que no fuera un trozo de Davie Lindsay, que era la peor preparación posible.

Cuando llegó la medianoche y la casa estaba tan silenciosa como la tumba, el silbato de plata sonó, a fe, tan agudo y estridente como si Sir Robert lo estuviera soplando; y los dos viejos criados se levantaron y entraron tambaleándose en la habitación donde yacía el muerto. Hutcheon vio bastante a la primera ojeada, pues había antorchas en la habitación que le mostraron al demonio mismo, en su propia figura, ¡sentado sobre el ataúd del laird! Cayó al suelo como si hubiera muerto. No podía decir cuánto tiempo estuvo en trance junto a la puerta, pero cuando se recobró llamó a su compañero, y al no obtener respuesta alarmó a toda la casa; y encontraron a Dougal muerto a dos pasos de la cama donde reposaba el ataúd de su amo. En cuanto al silbato, desapareció para siempre; pero muchas veces se lo oyó en lo alto de la casa, en el adarve, y entre las viejas chimeneas y torres donde los mochuelos anidan. Sir John acalló el asunto, y el funeral transcurrió sin más apariciones.

Pero cuando todo hubo terminado y el laird empezó a poner sus asuntos en orden, cada arrendatario fue llamado por sus atrasos, y mi buen abuelo por la suma íntegra que figuraba en su contra en el libro de rentas. Mi buen abuelo trota hacia el castillo a contar su historia, y allí lo introducen ante Sir John, sentado en el sillón de su padre, de riguroso luto, con mangas de luto y corbata colgante, y un pequeño espadín de paseo en el costado en lugar del viejo espadón que tenía un quintal de acero con hoja, contera y guarda incluidas. He oído contar su conversación tantas veces que casi creo haber estado yo mismo presente, aunque no podía haber nacido entonces. (En realidad, Alan, mi compañero, imitó con bastante gracia el tono halagador y conciliador del discurso del arrendatario y la melancolía hipócrita de la respuesta del laird. Su abuelo, dijo, tenía mientras hablaba los ojos clavados en el libro de rentas, como si fuera un mastín del que temía que saltara y lo mordiera.)

—Os deseo gozo, señor, del asiento principal y del pan blanco y del nuevo señorío. Vuestro padre era hombre bondadoso con amigos y allegados; mucha gracia os dé Dios, Sir John, para llenar sus zapatos..., sus botas, debería decir, pues rara vez calzaba zapatos, salvo zapatillas cuando tenía la gota.

—Sí, Steenie —respondió el laird, suspirando profundamente y llevándose el pañuelo a los ojos—. Fue una llamada repentina, y se le echará de menos en el país; sin tiempo de poner su casa en orden; bien preparado de cara a Dios, sin duda, que es lo que más importa; pero nos ha dejado un ovillo enredado que devanar, Steenie. ¡Ejem, ejem! Debemos ir al grano, Steenie; mucho por hacer y poco tiempo para hacerlo.

Aquí abrió el fatídico volumen. He oído hablar de algo que llaman el Domesday Book; estoy seguro de que debió de ser un libro de rentas de arrendatarios morosos.

—Stephen —dijo Sir John, siempre en el mismo tono suave y meloso—, Stephen Stephenson, o Steenson, aquí figuráis con un año de renta atrasado, vencido en el último trimestre.

—Con el permiso de vuestra señoría, Sir John, se lo pagué a vuestro padre.

—Entonces tomasteis recibo, sin duda, Stephen, y podéis presentarlo.

—La verdad es que no tuve tiempo, si place a vuestra señoría, pues nada más poner el dinero sobre la mesa, y justo cuando su señoría Sir Robert, que ya no está entre nosotros, lo atrajo hacia sí para contarle y extender el recibo, le sobrevino el dolor que se lo llevó.

—Fue una lástima —dijo Sir John tras una pausa—. Pero quizás lo pagasteis en presencia de alguien. Solo necesito un testimonio tal cual, Stephen. No quiero ser demasiado estricto con ningún hombre pobre.

—La verdad, Sir John, no había nadie en la habitación salvo Dougal MacCallum, el mayordomo. Pero, como sabe vuestra señoría, este ha seguido a su viejo amo.

—Muy desafortunado también, Stephen —dijo Sir John, sin alterar su voz ni un ápice—. El hombre a quien pagasteis el dinero está muerto, y el hombre que presencié el pago también está muerto; y el dinero, que debería estar disponible, no se ve ni se oye hablar de él en los depósitos. ¿Cómo he de creerme todo esto?

—No lo sé, vuestra señoría; pero hay una nota con las monedas mismas, pues, ¡Dios me valga!, tuve que pedirlo prestado de veinte bolsillos, y estoy seguro de que cada hombre allí apuntado jurará por lo que fue que yo le pedí el dinero prestado.

—No dudo de que pedisteis el dinero prestado, Steenie. El pago es lo que necesito que se me pruebe.

—El dinero tiene que estar en algún lugar de la casa, Sir John. Y ya que vuestra señoría no lo ha recibido, y su señoría que ya no está no pudo llevárselo consigo, quizás alguno de la familia lo haya visto.

—Examinaremos a los criados, Stephen; eso es lo razonable.

Pero lacayos y mozas, pajes y palafreneros, todos negaron rotundamente haber visto jamás una bolsa de dinero tal como la describía mi buen abuelo. Lo que era peor, no había tenido la precaución de mencionar a ningún alma viviente de ellos su propósito de pagar la renta. Una moza había notado algo bajo su brazo, pero lo tomó por las gaitas.

Sir John Redgauntlet despidió a los criados de la habitación y dijo a mi buen abuelo:

—Mirad, Steenie, ya veis que se os trata con equidad; y como dudo poco de que sepáis mejor que nadie dónde encontrar el dinero, os ruego en buenos términos, y por vuestro propio bien, que pongáis fin a este embrollo; pues, Stephen, o pagáis o os marcháis.

—Que Dios perdone vuestra opinión —dijo Stephen, llevado casi a la desesperación—. Soy un hombre honrado.

—Y yo también, Stephen —dijo su señoría—; y también lo es toda la gente de esta casa, espero. Pero si hay un bribón entre nosotros, ha de ser quien cuenta una historia que no puede probar.

Hizo una pausa y añadió con mayor severidad:

—Si entiendo bien vuestra estratagema, señor, queréis aprovecharos de ciertos rumores malintencionados sobre asuntos de esta familia, y en particular sobre la muerte repentina de mi padre, para estafarme el dinero y quizás manchar mi honor insinuando que he recibido la renta que estoy reclamando. ¿Dónde suponéis que está ese dinero? Insisto en saberlo.

Mi buen abuelo veía que todo se ponía tan en su contra que estaba a punto de desesperarse. Sin embargo, se movió de un pie al otro, miró a todos los rincones de la habitación y no respondió nada.

—¡Hablad, hombre! —dijo el laird, adoptando un gesto de su padre, uno muy particular que este ponía cuando se enojaba: parecía como si las arrugas del ceño formaran esa misma figura aterradora de una herradura en medio de la frente—. ¡Hablad, señor! Quiero saber vuestros pensamientos; ¿suponéis que yo tengo ese dinero?

—Lejos de mí decir tal cosa —dijo Stephen.

—¿Acusáis a alguno de los míos de habérselo llevado?

—Sería mal de mi parte acusar a quienes pueden ser inocentes —dijo mi buen abuelo—; y si hay alguno que sea culpable, no tengo pruebas.

—En algún lugar tiene que estar el dinero, si hay una palabra de verdad en vuestra historia —dijo Sir John—. Os pregunto dónde creéis que está, ¡y exijo una respuesta concreta!

—¡En el infierno, si queréis saber mis pensamientos! —dijo mi buen abuelo, llevado al extremo—. ¡En el infierno! Con vuestro padre, su tití y su

silbato de plata.

Bajó las escaleras a toda carrera (pues el salón no era lugar para él después de semejante palabra) y oyó al laird jurar sangre y llagas a sus espaldas tan rápido como solía hacerlo Sir Robert, y vociferar llamando al baile y al oficial del feudo.

Mi buen abuelo fue a galope tendido a ver a su principal acreedor, el que llamaban Laurie Lapraik, a ver si podía sacar algo en claro; pero cuando contó su historia no recibió sino las peores palabras imaginables: ladrón, mendigo y bribonazo eran los más suaves; y por añadidura a esas duras palabras, Laurie sacó a relucir la vieja historia de haber metido la mano en la sangre de los santos de Dios, como si un arrendatario pudiera haberse negado a cabalgar con el laird, y un laird como Sir Robert Redgauntlet. Mi buen abuelo estaba ya muy por encima de los límites de la paciencia, y mientras él y Laurie intercambiaban los más encendidos insultos, tuvo la mala fortuna de atacar también la doctrina de Lapraik además de al hombre mismo, y dijo cosas que hicieron ponérseles la carne de gallina a quienes las oyeron; no estaba muy en sus cabales, y había vivido con gente asilvestrada en su día.

Al final se separaron, y mi buen abuelo debía cabalgar a casa a través del bosque de Pitmurkie, que está lleno de abetos negros, según dicen. Conozco el bosque, pero los abetos pueden ser negros o blancos por lo que yo sé. A la entrada del bosque hay un baldío agreste, y al borde del baldío una solitaria posada pequeña que por entonces llevaba una mesonera a quien debían de llamar Tibbie Faw; y allí el pobre Steenie pidió un cuartillo de brandy, pues no había tomado ningún refresco en todo el día. Tibbie le instó a comer algo, pero no podía ni pensarlo, ni quiso sacar el pie del estribo, y apuró el brandy de un tirón en dos tragos, brindando en cada uno. El primero fue por la memoria de Sir Robert Redgauntlet, y que no descansara en paz hasta haberle hecho justicia a su pobre arrendatario; y el segundo fue a la salud del Enemigo del Hombre, si se dignaba devolverle la bolsa de dinero o decirle qué había sido de ella, pues veía que el mundo entero estaba a punto de tenerle por ladrón y embaucador, y eso le pesaba más aún que la ruina de su casa y su hacienda.

Siguió cabalgando sin importarle adónde. Era ya noche cerrada, y los árboles la hacían aún más oscura, y dejó que la bestia tomara su propio

camino por el bosque; cuando de repente, del cansancio y el agotamiento que mostraba antes, el jaco empezó a brincar, agitarse y encabritarse de tal manera que mi buen abuelo apenas podía mantenerse en la silla. En esto, un jinete que apareció de repente a su lado le dijo:

—Ese es un animal brioso el vuestro, amigo; ¿lo vendéis?

Y dicho esto, tocó el cuello del caballo con su fusta, y la bestia volvió a su viejo trote torpe y tropezón.

—Pero se le va pronto el ímpetu, según veo —continuó el forastero—, lo que es como el valor de muchos hombres que creen que harían grandes cosas.

Mi buen abuelo apenas le prestó atención a esto, sino que espoleó su caballo con un «Buenas noches, amigo».

Pero parece que el forastero era de los que no ceden fácilmente su terreno, pues por más que Steenie cabalgara, siempre lo tenía al lado al mismo paso. Al final, mi buen abuelo Steenie Steenson se puso medio airado, y, a decir verdad, medio asustado.

—¿Qué queréis de mí, amigo? —dijo—. Si sois un ladrón, no tengo dinero; si sois un hombre honrado en busca de compañía, no tengo ánimo para alegrías ni conversación; y si queréis saber el camino, apenas lo sé yo mismo.

—Si me contáis vuestras penas —dijo el forastero—, soy alguien que, aunque se me ha calumniado mucho en el mundo, es la única mano capaz de ayudar a sus amigos.

Y así mi buen abuelo, más para aliviar su propio corazón que por esperanza alguna de ayuda, le contó la historia de principio a fin.

—Es un aprieto duro —dijo el forastero—, pero creo que puedo ayudaros.

—Si pudierais prestarme el dinero, señor, y darme un plazo largo, no conozco otra salida en este mundo —dijo mi buen abuelo.

—Pero puede haberla bajo la tierra —dijo el forastero—. Seré franco con vos: podría prestaros el dinero con garantía, pero quizás os retrairíais ante mis condiciones. Lo que sí os puedo decir es que vuestro viejo laird está

perturbado en su tumba por vuestras maldiciones y el llanto de vuestra familia, y si os atrevéis a ir a verle, él os dará el recibo.

El cabello de mi buen abuelo se erizó ante esta propuesta, pero pensó que su compañero podría ser algún tipo extravagante que intentaba asustarle y acabaría por prestarle el dinero. Además, andaba animado con el brandy y desesperado por la angustia, y dijo que tenía valor suficiente para llegar hasta la puerta del infierno, y un paso más allá, por ese recibo. El forastero se rió.

Pues bien, cabalgaron por lo más espeso del bosque, cuando de repente el caballo se paró ante la puerta de una gran casa; y si no fuera porque sabía que el lugar estaba a diez millas de allí, mi padre habría creído que estaba ante el castillo de Redgauntlet. Entraron al patio exterior, a través de los grandes portones batientes y bajo el viejo rastrillo; y toda la fachada de la casa estaba iluminada, y había gaitas y violines, y tanto baile y alboroto dentro como solía haber en la casa de Sir Robert por Pascua y Navidad y demás grandes celebraciones. Desmontaron, y mi buen abuelo, según le parecía, ató su caballo al mismo argollón al que lo había atado esa mañana cuando fue a ver al joven Sir John.

— ¡Dios mío! — dijo mi buen abuelo—. ¡Si la muerte de Sir Robert no fuera sino un sueño!

Llamó a la puerta principal como solía hacer, y su viejo conocido Dougal MacCallum, también como de costumbre, acudió a abrir la puerta y dijo:

— Gaitero Steenie, ¿estáis ahí, muchacho? Sir Robert os ha estado llamando.

Mi buen abuelo era como un hombre en sueños; buscó con la mirada al forastero, pero este había desaparecido por el momento. Al fin intentó decir:

— ¡Vaya! Dougal Manesfirmes, ¿estáis vivo? Pensaba que habíais muerto.

— No os preocupéis por mí — dijo Dougal —, sino mirad por vos mismo; y ved que no aceptéis nada de nadie aquí, ni comida, ni bebida, ni dinero, salvo el recibo que es vuestro.

Dicho esto, lo condujo a través de salas y corredores que mi buen abuelo conocía bien, hasta el viejo salón de roble; y había tanto canto de canciones

profanas, tanto trasegar vino tinto y tanta blasfemia y obscenidad como había habido jamás en el castillo de Redgauntlet en sus tiempos más alegres.

¡Pero que Dios nos guarde! ¡Qué conjunto de fantasmagóricos comensales estaban sentados en torno a aquella mesa! Mi buen abuelo conocía a muchos que hacía tiempo habían ido a su destino, pues a la mayoría les había tocado la gaita en el salón de Redgauntlet. Estaba el feroz Middleton, y el disoluto Rothes, y el astuto Lauderdale; y Dalyell, con su cabeza calva y una barba que le llegaba al cinto; y Earlshall, con la sangre de Cameron en las manos; y el salvaje Bonshaw, que ató las extremidades del bendito señor Cargill hasta que brotó la sangre; y Dumbarton Douglas, el traidor dos veces, tanto a su patria como a su rey. Estaba el Sanguinario Abogado MacKenzie, que por su mundana astucia y sabiduría había sido para los demás como un dios. Y estaba Claverhouse, tan hermoso como en vida, con sus largos y oscuros rizos cayendo sobre su colete de galones, y con la mano izquierda siempre sobre el omóplato derecho, para ocultar la herida que le había hecho la bala de plata. Estaba apartado de todos los demás y los contemplaba con semblante melancólico y altanero; mientras los demás vociferaban, cantaban y reían, y la sala resonaba. Pero sus sonrisas se contorsionaban de manera aterradora de vez en cuando, y sus risas se convertían en sonidos tan salvajes que hacían ponerse azules las uñas de mi buen abuelo y helaban el tuétano de sus huesos.

Los que servían a la mesa eran precisamente los malvados criados y soldados que habían cumplido en la tierra sus órdenes y sus crueles mandatos. Estaba el Mozo Largo de Nethertown, que ayudó a prender a Argyle; y el citador del obispo, al que llamaban la Carraca del Diablo; y los malvados guardias con sus casacas de galones; y los amorreos highlanders salvajes, que derramaban sangre como agua; y muchos orgullosos servidores, altivos de corazón y con las manos manchadas de sangre, arrastrándose ante los ricos y haciéndoles aún más malvados de lo que serían; aplastando a los pobres hasta hacerlos polvo una vez que los ricos los habían roto en pedazos. Y muchos, muchos más entraban y salían, todos tan ocupados en su oficio como si estuvieran vivos.

Sir Robert Redgauntlet, en medio de todo ese espantoso alboroto, gritó con voz de trueno a Steenie el Gaitero para que se acercara a la cabecera de la mesa donde estaba sentado, con las piernas extendidas ante él y envueltas

en franela, con las pistolas de arzón a su lado y el gran espadón apoyado contra su sillón, tal como mi buen abuelo lo había visto la última vez en la tierra; el cojín para el tití estaba cerca de él, pero la criatura misma no estaba allí; no era su hora, probablemente, pues mientras se acercaba oyó decir: «¿No ha llegado aún el mayor?», y otro respondió: «El tití estará aquí a su hora mañana por la mañana». Y cuando mi buen abuelo se aproximó, Sir Robert, o su fantasma, o el diablo en su semejanza, dijo:

—Bien, gaitero, ¿habéis arreglado cuentas con mi hijo por la renta del año?

Con gran esfuerzo mi padre logró decir que Sir John no arreglaría nada sin el recibo de su señoría.

—Tendréis ese recibo por una tonada de gaita, Steenie —dijo la aparición de Sir Robert—. Tocadnos «Bien amamantada, comadre».

Ahora bien, esta era una tonada que mi buen abuelo había aprendido de un hechicero que la oyó cuando adoraban a Satanás en sus aquelarres, y mi buen abuelo a veces la había tocado en las alegres cenas de Redgauntlet Castle, pero nunca muy de buena gana; y ahora se le puso la sangre fría solo con oír el nombre, y se excusó diciendo que no tenía las gaitas consigo.

—¡MacCallum, pedazo de Belcebú! —dijo el espantoso Sir Robert—. ¡Tráele a Steenie las gaitas que le guardo!

MacCallum trajo un par de gaitas que habrían podido servir para el gaitero de Donald de las Islas. Pero le dio un codazo a mi buen abuelo al ofrecérselas; y mirando con disimulo y atención, Steenie vio que el tudel era de acero y estaba al rojo vivo; así que tenía justa advertencia de no fiarse de él con los dedos. De modo que volvió a excusarse y dijo que estaba desmayado y asustado y no tenía aliento suficiente para llenar la bolsa.

—Entonces debéis comer y beber, Steenie —dijo la figura—, pues aquí hacemos poco más, y es mala conversación entre un hombre harto y uno en ayunas.

Ahora bien, estas eran las mismas palabras que el sanguinario conde de Douglas dijo para entretener al mensajero del rey mientras le cortaba la cabeza a MacLellan de Bombie en el castillo de Threave; y eso puso a Steenie más y más en guardia. Así que habló con firmeza, como un hombre, y dijo que no venía a comer ni a beber ni a tocar música; sino simplemente

a por lo suyo: a saber qué había sido del dinero que había pagado y a obtener el finiquito; y estaba ya tan bien templado de ánimo que apeló a Sir Robert en conciencia (no tenía poder para pronunciar el santo nombre), y como esperaba paz y descanso, que no le tendiera trampas, sino que le diera sencillamente lo que era suyo.

La aparición rechinó los dientes y se rió, pero sacó de una gran cartera el recibo y se lo entregó a Steenie.

— Ahí tenéis vuestro recibo, mísero cur; y en cuanto al dinero, que mi cachorrito de hijo lo busque en la Cuna del Gato.

Mi buen abuelo dio muchas gracias y estaba a punto de retirarse cuando Sir Robert rugió:

— ¡Alto ahí, hinchabolsas hijo de...! No he terminado contigo. Aquí nada se hace por nada, y deberás volver este mismo día del año que viene para rendir a tu amo el homenaje que me debes por mi protección.

La lengua de mi padre se soltó de repente y dijo en voz alta:

— Me remito a la voluntad de Dios, y no a la vuestra.

No bien hubo pronunciado estas palabras, la oscuridad se hizo a su alrededor, y cayó a tierra con una sacudida tan repentina que perdió el aliento y el sentido.

Cuánto tiempo estuvo Steenie así no sabría decirlo; pero cuando volvió en sí estaba tumbado en la hondonada, justo ante la puerta del antiguo cementerio parroquial de Redgauntlet, con el escudo de armas del viejo caballero Sir Robert colgado encima de su cabeza. Había una densa niebla mañanera sobre la hierba y las lápidas a su alrededor, y su caballo pastaba tranquilamente junto a las dos vacas del pastor. Steenie habría creído que todo había sido un sueño, pero tenía el recibo en la mano, escrito y firmado de puño y letra del viejo laird; solo que las últimas letras del nombre estaban algo desordenadas, escritas como por alguien acometido de un dolor repentino.

Con el ánimo profundamente turbado, dejó aquel lúgubre lugar, cabalgó entre la niebla hasta el castillo de Redgauntlet, y con no pocas dificultades consiguió hablar con el laird.

— Bien, holgazán en bancarrota — fue lo primero —, ¿me habéis traído la renta?

— No — respondió mi buen abuelo —, no os la he traído; pero os traigo el recibo de Sir Robert por ella.

— ¿Cómo, hombre? ¿El recibo de Sir Robert? Me dijisteis que no os lo había dado.

— ¿Tiene vuestra señoría a bien ver si esa línea es correcta?

Sir John examinó cada línea y cada letra con mucha atención, y al final la fecha, que mi buen abuelo no había reparado en ella: «De mi lugar señalado», leyó, «este veinticinco de noviembre».

— ¡Cómo! ¡Si fue ayer! ¡Villano, debes de haber ido al infierno por esto!

— Lo obtuve del padre de vuestra señoría; si está en el cielo o en el infierno, no lo sé — dijo Steenie.

— ¡Os haré juzgar como hechicero ante el Consejo Privado! — dijo Sir John —. ¡Os enviaré a vuestro amo el diablo con la ayuda de un barril de alquitrán y una antorcha!

— Yo me propongo presentarme ante el Presbiterio — dijo Steenie —, y contarles todo lo que vi anoche, que son cosas más propias de que ellos las juzguen que un hombre lego como yo.

Sir John hizo una pausa, se serenó y pidió escuchar la historia completa; y mi buen abuelo se la contó punto por punto, tal como os la he contado yo a vos, ni más ni menos.

Sir John estuvo en silencio mucho tiempo, y al final dijo, con mucha calma:

— Steenie, esta historia vuestra afecta al honor de muchas familias nobles además de la mía; y si es una invención para escapar de mi poder, lo menos que podéis esperar es que os atraviesen la lengua con un hierro al rojo, que será tan malo como quemaros los dedos con un tudel al rojo. Pero puede ser verdad, Steenie; y si el dinero aparece, no sabré qué pensar de todo esto. ¿Pero dónde encontraremos la Cuna del Gato? Por aquí hay gatos de sobra, pero creo que paren sin la ceremonia de cama ni cuna.

—Mejor será que preguntemos a Hutcheon —dijo mi buen abuelo—; él conoce todos los rincones insólitos tan bien como... otro criado que ya no está, y al que no quisiera nombrar.

Pues bien, Hutcheon, cuando se le preguntó, les dijo que una torreón en ruinas, sin usar desde hacía mucho tiempo, junto al reloj de la torre, al que solo se podía acceder por una escalera, pues la abertura daba al exterior por encima del adarve, era llamado desde antiguo la Cuna del Gato.

—Iré allí ahora mismo —dijo Sir John, y tomó —con qué propósito Dios sabrá— una de las pistolas de su padre de la mesa del vestíbulo, donde habían estado desde la noche de su muerte, y se encaminó hacia los adarves.

Era un lugar peligroso para trepar, pues la escalera era vieja y frágil y le faltaban uno o dos peldaños. Sin embargo, Sir John subió y entró por la puerta de la torreta, donde su cuerpo tapó la única rendija de luz que había en el pequeño recinto. Algo se abalanzó sobre él con gran ímpetu, casi lo tiró de espaldas: ¡pum!, fue la pistola del caballero, y Hutcheon, que sujetaba la escalera, y mi buen abuelo, que estaba junto a él, oyeron un grito estridente. Un momento después, Sir John arrojó el cuerpo del tití y les gritó que el dinero había aparecido y que subieran a ayudarlo. Y allí estaba la bolsa de dinero, a buen seguro, y muchas otras cosas más que habían echado en falta desde hacía mucho tiempo. Y Sir John, cuando hubo registrado bien la torreta, llevó a mi buen abuelo al salón comedor, lo tomó de la mano, le habló con amabilidad y dijo que lo sentía por haber dudado de su palabra, y que en adelante sería un buen amo para él, para enmendarlo.

—Y ahora, Steenie —dijo Sir John—, aunque esta visión vuestra redundada, en conjunto, en crédito de mi padre como hombre honrado, que incluso después de su muerte quisiera ver que se hacía justicia a un hombre pobre como vos, sin embargo, sois consciente de que los mal intencionados podrían hacer malas interpretaciones sobre ello en cuanto a la salud del alma de mi padre. Así que creo que será mejor echar toda la culpa a esa maldita criatura, el Mayor Weir, y no decir nada de vuestro sueño en el bosque de Pitmurkie. Habíais bebido demasiado brandy para estar muy seguro de nada, y, Steenie, este recibo —le temblaba la mano mientras lo alargaba—, es un documento de lo más peculiar, y haremos mejor, creo yo, en echarlo tranquilamente al fuego.

—Hombre, por muy peculiar que sea, es el único comprobante que tengo de mi renta —dijo mi buen abuelo, que temía quizás perder el beneficio del finiquito de Sir Robert.

—Lo anotaré en vuestro haber en el libro de rentas y os daré un finiquito de mi propia mano —dijo Sir John—, y ahora mismo. Y, Steenie, si podéis guardar silencio sobre este asunto, pagaréis desde ahora una renta más holgada.

—Muchas gracias a vuestra señoría —dijo Steenie, que veía fácilmente de dónde soplabla el viento—. Sin duda me avendré a todos los mandatos de vuestra señoría; solo que quisiera hablar con algún ministro de peso sobre el asunto, pues no me gusta esa especie de citación de comparecencia que el padre de vuestra señoría...

—¡No llaméis «mi padre» al fantasma! —dijo Sir John, interrumpiéndole.

—Pues bien, la cosa que tanto se le parecía —dijo mi buen abuelo—; habló de que volviera a verlo por estas fechas el año que viene, y eso me pesa en la conciencia.

—Pues bien —dijo Sir John—, si estáis tan angustiado, podéis hablar con el ministro de nuestra parroquia; es un hombre juicioso, que mira por el honor de nuestra familia, y tanto más cuanto que puede esperar algún patronazgo mío.

Con eso, mi padre convino fácilmente en que el recibo debía quemarse; y el laird lo echó al hogar con su propia mano. No quiso arder para ellos, sin embargo; sino que salió volando chimenea arriba con una larga estela de chispas en la cola y un silbido como el de un cohete.

Mi buen abuelo fue a ver al pastor, y el ministro, cuando hubo escuchado la historia, dijo que su opinión sincera era que, aunque mi buen abuelo había ido muy lejos al jugar con asuntos peligrosos, sin embargo, como había rechazado las arras del diablo (pues tal era el ofrecimiento de comida y bebida) y se había negado a rendir homenaje tocando la gaita a su mandato, esperaba que, si llevaba de allí en adelante una vida circunspecta, Satanás podría sacar poco provecho de lo ocurrido. Y en efecto, mi buen abuelo, por propia voluntad, renunció largo tiempo tanto a las gaitas como

al brandy; es más, no fue hasta pasado el año y superado el día fatídico cuando se avino a tomar el violín o a beber whisky o cerveza.

Sir John compuso su historia sobre el tití como le vino en gana; y algunos creen hasta hoy que no hubo en el asunto más que la naturaleza rapaz del bicho. En efecto, no falta quien sostenga que lo que Dougal y Hutcheon vieron en la habitación del laird no era el viejo Enemigo sino precisamente esa malaventurada criatura, el mayor, haciendo piruetas sobre el ataúd; y que en cuanto a soplar el silbato del laird que se oyó después de su muerte, el asqueroso animal podía hacerlo tan bien como el laird mismo, si no mejor. Pero Dios sabe la verdad, que salió a la luz por primera vez por boca de la mujer del ministro, después de que Sir John y su propio marido estuvieran ya bajo tierra. Y entonces mi buen abuelo, que tenía ya los miembros enflaquecidos, aunque no así el juicio ni la memoria, al menos en nada que merezca mencionarse, se vio obligado a contar el verdadero relato a sus amigos, para honra de su buen nombre. De lo contrario podría haberle acusado de hechicero.

Fin

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB